

Domingo XIX del Tiempo Ordinario (10-08-25)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

En el camino de Jesús, Él está viendo que su propia vida va a tener que ser inmolada. En este capítulo 12 del evangelio de Lucas se nos habla de que nuestra fe cristiana es una fe orientada al futuro de nuestra vida. La fe se vive siempre en una historia y, en esa historia, el Señor nos abre el camino de su amor para vivirlo íntegramente hoy por adelantado, y realicemos la esperanza que tenemos de que algún día participará toda la humanidad en el Reino de Dios. En ese Reino que no es un simple palacio, sino que es, ante todo, la verificación de que la vida es amor y que, por lo tanto, hay salvación solamente si aprendemos a acoger el amor de Dios y a amar.

Y este “pequeño rebaño” que ha fundado Jesús, que le llama Iglesia, y que empezó con estos discípulos, está llamado a superar el temor porque la espera de su Señor es una espera permanente. Siempre está orientándose a identificar a su Señor en la historia, en los problemas. “El Hijo del Hombre vendrá definitivamente y será como un ladrón que llega de sorpresa y hay que estar preparado”, pero la preparación consiste en identificar la presencia y los

signos de ese Señor hoy día, en cada momento histórico que la humanidad va teniendo, especialmente, los creyentes. Y, por eso, no solamente se trata de salvar el alma. Es verdad que parte de la fe es salvar el alma para que también participe del Reino, pero, también el cuerpo.

Si solamente buscamos salvar el alma y rezamos mucho y no identificamos al Señor y actuamos de acuerdo con su voluntad, no respondemos al llamado de Dios porque nos ha regalado su Reino a nosotros, nos ha mostrado sus obras de amor, nos ha educado en la fe. Por lo tanto, tenemos que hacer lo que Él nos ha dado: compartir el Reino que nos dio. Y si ese Reino es de amor, entonces, compartir el amor nosotros y ser personas amantes, servidoras.

La fe no es un amor que parte de nosotros, nos ha sido **dado** y, por tanto, **lo testimoniamos**. Los cristianos, somos personas que estamos atentos a todos los signos de la presencia del Señor. Y esos signos no se dan sin los problemas que la humanidad tiene, y en esos signos identificamos a qué cosa nos llama la realidad en donde está Dios, y qué hacer nosotros para colaborar con su Reino.

Hay muchas personas que piensan que el cristianismo es solamente pensar en el interior y, entonces, cierran los ojos

y rezan mucho. Eso está bien, pero por un tiempo, de vez en cuando, porque, en el silencio y en la oración profunda encontramos la inspiración para abrir bien los ojos y salir. La fe cristiana es una religión de ojos abiertos, no de ojos cerrados. En cada persona que vemos, en cada situación concreta en la que estamos, en las situaciones difíciles que hay en la humanidad, en toda esta tragedia que se está viviendo, allí, nosotros reconocemos que Dios nos está llamando.

Muchas veces, algunos se quejan de que la Iglesia, inclusive, los obispos o los sacerdotes, hacen referencias a lo humano. Y dicen: ¡Deberían hablar de cosas espirituales para todos elevarnos y empezar a volar como angelitos! Pero el cielo tiene que ver con la tierra. “Hágase tu voluntad. Así como se hace en el cielo, se haga en la tierra”. Lo rezamos en el Padre Nuestro, y hacer la voluntad de Dios es reconocer cuál sería su voluntad de acuerdo con nuestra fe en la situación en que estoy viviendo, tanto de mi familia como de mi barrio, como de mi pueblo, como de mi país, como del mundo. Y cómo afrontamos, como cristianos humanos, con el sentido de Dios, los grandes desafíos que se nos presentan.

Por eso, la fe cristiana se realiza en hacer la voluntad de Dios en las circunstancias que tenemos. Tenemos demasiada costumbre de pensar que solo se trata de salvar

el alma. Ese es un problema. Salvar el alma con todo el ser, con toda la sociedad, con todas las relaciones. Y esas relaciones, hoy día, están clamando por una intervención nuestra, cómo intervenir en esta situación trágica de la humanidad que se está desarrollando y poder neutralizar los elementos de guerra, de injusticia, de maltrato, de desesperación por el poder y por el dinero que existe en la mayoría de la dirigencia mundial, en donde tratan a nuestro pueblo como si fuéramos cosas, como si fuéramos la última rueda del coche.

Este Señor que nos trata con amor por ser un pueblo pequeño, es el mismo Señor que vendrá y dice ahí que “se pondrá a servirnos en la mesa”. Imagina el futuro como un banquete, cosa que ya estaba en el Antiguo Testamento, un banquete de vinos de solera y carnes abundantes, así lo describe el profeta Isaías. Y el Señor imagina que toda la humanidad va a ser reunida como estamos ahora aquí todos, en donde lo más importante es que todos somos iguales, todos somos hermanos y nos une la dignidad de la persona humana, que requiere respeto, buen trato, acompañamiento, promoción, aliento, esperanza, cariño y delicadeza. Y ese Reino se adelanta cuando nosotros actuamos así y, sobre todo, cuando lo hacemos como Iglesia.

Es precioso lo que está sucediendo en casi todas las parroquias de Lima, digo casi todas porque algunas están medias que sospechan de que la Sinodalidad es una “cosa peligrosa”. Pero, la Sinodalidad, que el Papa Francisco nos ha dejado como tarea, es una Iglesia en donde todos somos hermanos, compartimos, proponemos, inclusive, hasta podemos decidir juntos. Evidentemente, la autoridad que está para servir, igual que el Señor que vendrá al final y se pondrá a la mesa (para eso estamos nosotros también), la autoridad está para servirlos a ustedes.

Otra cosa es que, por ejemplo, debido a la forma de cómo se hizo la catedral, hacemos unos separados de otros. Ya felizmente se quitó la reja que había antes, ¿no? ¿Se acuerdan de las demás iglesias que tenían una reja con llave? Porque se tenía la idea de que, en un lado estaban los privilegiados (los puros) y, del otro, la chusma (los impuros). Eso se ha quitado, por eso es que ahora hay entrada directa. Y no hay que asustarse. Si suben aquí, al Altar, no les va a caer un rayo por ser laicos, al contrario. Lo que pasa es que hay una arquitectura y la obedecemos porque es una reliquia histórica.

Las nuevas iglesias, como la de ayer que he inaugurado en Jesús Artesano, en Chorrillos, en la zona más cerca de las playas, en la salida a Lima, una iglesia muy preciosa que ha hecho el pueblo, lindísima, en donde el Altar es cercano

al pueblo, cercano a toda la gente. Es una capilla linda creada por el propio pueblo que se une y se organiza para poder rendir culto al Señor, pero, simultáneamente, para reunirse como pueblo fiel.

Y estas Asambleas Sinodales Parroquiales que estamos haciendo nos permiten descubrir que, como Pueblo de Dios, somos un pueblo sujeto, un pueblo activo, un pueblo consciente y un pueblo digno. Y eso lo promueve la Iglesia porque el Señor nos lo dice: “No temas pequeño rebaño, no tengas miedo, sigue buscando el Reino, sigue buscando soluciones a los problemas”. Podríamos decir que, en la búsqueda e intento de solución de un problema en forma verdadera e interesante y no mañosa, sino profunda y ayudadora de la gente, también está el Señor presente. Es la mejor manera de dar testimonio de que Dios existe, porque Dios no es simplemente que existe por sí mismo, Dios existe como Dios que ama, que es Trinidad, que es comunidad y que, por lo tanto, es fundamento de una humanidad comunitaria.

Hoy, el Señor nos quita los miedos y nos invita a levantar la cabeza, a observarlo en cada situación. Y es verdad que la venida definitiva todavía espera y va a aparecer de sorpresa, así que más vale estar todo el tiempo preparado. Esto implica, para todos nosotros, un aliento los unos de los otros para siempre afrontar cualquier problema con el

amor del Señor, que es el Reino que nos ha dado. Sobre todo, con el amor gratuito, porque hay personas que creen que amar significa que tú me devuelvas a la próxima. “Amar” significa “amar sin medida” y, por lo tanto, todos estamos llamados a poner nuestro tesoro en ese amor.

“Ahí donde está tu tesoro, ahí está tu corazón”. Si nuestro tesoro es el amor, entonces, nuestro corazón está puesto en el donarnos permanentemente. Ese aprendizaje es difícil porque todos tenemos el amor propio, y tenemos que amarnos, también hay un deber de amor a sí mismo, pero, el amor a sí mismo, tiene ser siempre en relación con el amor a los demás. Qué bonito eso de que el amor a sí mismo existe, es importante. Hay un amigo mío que dice que, cuando nos amamos a nosotros mismos, no amamos egoístamente. Es un “yo-yo”, lo que yo pienso de mí y lo que yo soy.

Pues bien, todo ser humano tiene que hacer el siguiente ejercicio: lo que yo pienso de mí tengo que acomodarlo al “ser” que soy, porque soy un misterio. Hay “yo” y el “otro que hay en mí”, que tengo que descubrir. Chicos de la Confirmación, por favor, todos pregúntense: ¿cómo es el otro yo de lo que yo pienso de mí? He visto muchos jóvenes que piensan de sí mismos: “Yo soy muy feo, soy muy limitado, muy tonto”. Pero eso es lo que tú piensas o crees que eres.

A Dios nadie lo creó tonto ni feo, ni tampoco un Brad Pitt. A todos nos creó con capacidades propias y tenemos que crecer de acuerdo con lo que Dios nos ha dado. Y eso es un misterio que hay que despejarlo poco a poco, hay que descubrir al “otro” que hay en mí. Pero qué interesante que, entonces, la relación entre “yo” y “yo” no es egoísta, porque es un “otro” que no conozco.

Esa misma estructura de relación se da en la vida cotidiana. Existen los otros y existo yo, pero siempre tenemos que comprender las situaciones, al otro, su problema, salir de nosotros mismos. Y eso nos ayuda enormemente, y también nos ayuda, en el caso personal, de salir de las tonterías que pensamos de nosotros mismos. En todos los momentos es descubrir, comprender la realidad. Y la fe cristiana crece y desarrolla, y la Iglesia es significativa en el mundo si comprende todas las realidades difíciles y logra encontrar a su Señor, agarrarse de Él y así transformar este mundo.

Y qué cosa tan linda del Papa León XIV que nos dice que vamos a encontrar la paz en este momento tan difícil por una vía: “la vía de la paz desarmada y desarmante”. Nada de paces que se hace con pactos de guerra, sino “desarmada” y “desarmante”, con la humildad y la sencillez y la esperanza.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, y que sigamos este camino que la Iglesia va empezando a encontrar y que no la lleva por las nubes, sino que la enraíza en el mundo para llegar al Reino de Dios prometido, que es aquel que nos traerá el Señor. Y será lindo estar a su mesa y verlo cómo nos sirve a cada uno.

Que todos caminemos en esta mirada de futuro con los ojos abiertos, pensando que no solamente tenemos que ir al cielo, sino que el cielo también está en el futuro de Dios que esperamos todos.

Amén